



Carter: acercarse hasta el límite al "casus belli" y tener que explicar después la retirada.

# LA AMENAZA COMO ESPECTACULO

producen por sucesos anecdóticos o por "casus belli", sino que, por el contrario, éstos son adoptados posteriormente como pretexto: las guerras se producen por un designio anterior y en el momento preciso en que quienes las lanzan tienen la convicción de que las pueden ganar. Incluso esos pretextos se crean cuando conviene, como se creó el famoso incidente del golfo de Tonkín que permitió a los Estados Unidos la intervención masiva en Vietnam. Esa

convicción no tiene por qué corresponder a la realidad: se ganan o se pierden según factores no previstos. Hitler no tenía la menor duda de que la guerra que desencadenó en 1939 estaba ganada de antemano: y la perdió. Como los Estados Unidos no podían prever de ningún modo el final desastroso de la campaña del Vietnam.

No parece claro que los Estados Unidos estén ahora en situación de creer que pueden ganar una guerra mundial. Nin-

## EDUARDO HARO TECLEN

**C**ARTER da una ocasión de presentarse en sociedad a su nuevo secretario de Estado, Muskie: el día 16, en Viena, podrá entrevistarse con Gromyko, y ésta será la primera vez que los Estados Unidos y la URSS conversen oficialmente desde la intervención en Afganistán y la serie de acontecimientos posteriores. Antes habrá asistido a la reunión de primavera del Consejo del Atlántico Norte, en Bruselas: tendrá ocasión de escuchar a los aliados europeos y, sobre todo, de hacerse escuchar, de dar explicaciones. La entrevista con Gromyko había sido propuesta por Vance y rechazada por Brzezinski; se recupera ahora quizá con el fin de dar a Muskie ese aspecto necesario de la política exterior de los Estados Unidos: el del equilibrio entre la fuerza y la diplomacia.

Es prematura considerar esta entrevista como un paso adelan-

te: puede formar parte, simplemente, del escenario montado. Pero, en cualquier caso, es algo positivo. Uno de los personajes más preocupados por la situación actual es el canciller Schmidt, de Alemania Federal: toda su campaña de discursos, declaraciones y mensajes a Washington se base en la necesidad de restablecer el diálogo y en la comparación de la situación previa a las primera guerra mundial de 1914-1918, que achaca a la falta de comprensión mutua, a la falta de capacidad de cada país beligerante de situarse en el punto de vista del otro (no se refiere a la segunda guerra mundial porque es un tema sobre el que los políticos alemanes pasan como sobre ascuas). ¿Estamos en una situación parecida a la que precedió a las grandes guerras? Los modernos críticos de la Historia están convencidos de que las guerras nunca o casi nunca se





El Presidente de los Estados Unidos, ante el hospital de San Antonio (Texas), donde convalecen los heridos en la fallida tentativa de rescate.

guno de los pasos de Carter está produciendo la anécdota, o el "casus belli", que significa que la guerra inevitable. Se están limitando muy cuidadosamente a ofrecer un espectáculo, a veces de aspecto infantil, como la retirada de los embajadores de la OTAN del desfile del primero de mayo en Moscú, o como el intento de boicot de los Juegos Olímpicos; parece que incluso cuando un paso puede ir más allá de lo controlado o de lo seguro, se deshace, como podría haber sido —según algunas interpretaciones— la retirada precipitada de la operación aérea en el Irán, de la que todo lo que se conoce es insuficiente y no se sabe si es la verdad.

Los propósitos de este gran espectáculo son varios. Se ha hablado mucho del beneficio electoral que, en efecto, se está produciendo. No es suficiente. En todo este gran montaje colaboran otras muchas fuerzas que no son solamente el Presidente y su círculo interno, que difícilmente se prestarían a la simple cuestión de que Carter esté cuatro años más en la Casa Blanca; incluso esas fuerzas podrían estar interesadas en que el Presidente fuese alguien menos vacilante, más seguro que el propio Carter. Es evidente que esas fuerzas coinciden también en la necesidad de reconstruir la sociedad americana, que no ha cicatrizado todavía de tantas heridas anteriores, en torno a una causa nacional que justificase una serie de sacrificios, y no se ha inventado todavía nada menor que la denuncia de un enemigo poderoso y una amenaza suprema para reu-

nificar a los pueblos. Es algo que está sucediendo en los Estados Unidos. Por encima de todo ello hay un designio mayor. El desafío principal que tienen hoy los Estados Unidos es el del Tercer Mundo. Hay una progresión de pérdidas, hasta irrecuperables, que se producen en grandes puntos por este orden: Cuba, Vietnam, Irán. Otros son de apariencia menor, pero coinciden en el síntoma: África, Asia y, sobre todo, Oriente árabe, donde a pesar de todos los esfuerzos y de todos los años transcurridos la situación sigue sin resolverse. El Tercer Mundo es todavía la gran fuente de donde nace el bienestar de la sociedad americana y, secundaria pero claramente, el de la sociedad europea occidental. La noción militar, industrial y política es la de que los Estados Unidos no pueden forzar las situaciones a su favor en los países del Tercer Mundo —o en algunos de ellos— por temor a la respuesta soviética. La URSS ha apoyado directamente a Cuba y al Vietnam, ha mantenido la fuerza popular árabe en Oriente Medio; en el Irán el apoyo es indirecto, pero sería firme, por una razón fronteriza, y el movimiento de Afganistán está estrechamente relacionado con todo ello. Una gran parte de este espectáculo está en la advertencia a la URSS de que los Estados Unidos no están dispuestos a aceptar movimientos soviéticos que apoyen situaciones de rebeldía en el Tercer Mundo: es toda la forma económica actual de los Estados Unidos la que está en riesgo.

Pero otra parte del escenario está destinada a los países aliados: muy concretamente a los europeos —de la OTAN o de fuera de ella— y al Japón. La tendencia de estos países desde hace años es la de desgajarse del sistema americano, que ven en quiebra —aun sin perder su alianza, que necesitan—, y tratar de entenderse directamente con los países productores de materias primas, salvando la complejidad del intermediario americano, del dólar, de la dirección de mercados que se opera desde Wall Street. Estos países comprenden ya que la carestía a la que están sometidos se hace mucho mayor porque están pagando, además de las nuevas necesidades de los países productores, parte de las ventajas que obtienen los Estados Unidos. Lo que está haciendo Carter, en representación de los altos intereses de su país y, en suma, de la economía imperial en la que está fundada su sociedad, es recordarles con toda clase de presiones que están absolutamente complicados en todo; que la protección militar de la que gozan les obliga a una reciprocidad, que su economía es también dependiente. Puede ocurrir que las sanciones a la URSS y al Irán, de carácter económico, no perjudiquen tanto a los sancionados como a los sancionadores, pero este perjuicio es el que tienen que pagar los europeos por otros beneficios que han recibido y reciben. Algunos países en situación muy delicada, como Gran Bretaña, España o Portugal, no intentan

siquiera resistirse a esta presión: sus Gobiernos saben lo que reciben o lo que pueden recibir en un momento determinado y el abismo a que les podría conducir para su política desgajarse de los Estados Unidos. Otros como Francia y Alemania Federal, incluso como Italia, tratan de zafarse, tratan de hacer ver a Washington que esta forma de guerra fría puede abrir problemas profundos no sólo en su economía global, sino en el enfrentamiento entre clases sociales. La reunión de los Partidos Comunistas en París puede servir a los Gobiernos que están en esa posición para advertir a los Estados Unidos de los riesgos de una división de la sociedad europea en dos clases.

Parece que éste es el tema doble que Muskie va a llevar en su cartera a Bruselas, con los aliados de la OTAN, y a Viena, en su entrevista con Gromyko —si la URSS la acepta—. Va reforzado con el imparable ascenso de Carter en la campaña de las elecciones primarias. La de Texas ha sido la primera importante celebrada después de la intentona en el Irán y su estrepitoso fracaso, y Carter ha triunfado de nuevo sobre Kennedy: 66 por 100 a su favor, 22 por 100 a favor de Kennedy. Esto es una indicación más de lo que se puede considerar como una tendencia regular en favor del tipo de política que representa Carter y de que el tema de la frustración en Irán parece sentirse como una cuestión nacional y no como el error o el disparate de un Presidente-candidato, al que ni siquiera ha perjudicado la dimisión de Cyrus Vance, presentado ahora como un simple celoso de Brzezinski o como un hombre que no siente la causa nacional.

El peligro de guerra abierta parece medido y controlado. Pero no se sabe hasta qué punto. No se sabe hasta cuándo la URSS va a considerar que sus intereses estrictamente vitales están amenazados y cuál es la respuesta que puede darles. La idea de Schmidt de que conviene tratar, hablar, negociar, llegar a la comprensión por cada bloque de los problemas vitales del otro es perfectamente razonable y lógica. Pero no se sabe hasta qué punto es desdeñable por quienes están llevando la dirección de la política de los Estados Unidos. ■